



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Filosofía y espiritismo en Nicolás Pizarro

Autor: Illades, Carlos y Sandoval, Adriana

Forma sugerida de citar: Illades, C. y Sandoval, A. (1999). Filosofía y espiritismo en Nicolás Pizarro. *Cuadernos Americanos*, 5(77), 94-109.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 77, (septiembre-octubre de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## Filosofía y espiritismo en Nicolás Pizarro

Por Carlos ILLADES

Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa

y Adriana SANDOVAL

Instituto de Investigaciones Filológicas,

Universidad Nacional Autónoma de México

DE LA GENERACIÓN de escritores de la Reforma, Nicolás Pizarro es quizá uno de los menos conocidos y leídos. Autor de tres novelas (*El monedero*, *La coqueta* y *La zahorí*, que dejara inconclusa), de dos ensayos sobre filosofía, ética y civismo, de un libro de literatura infantil, de un texto de español y, posiblemente, de otro sobre espiritismo, su obra no ha sido siquiera recopilada.<sup>1</sup>

Romántica en cuanto a sus recursos y enfoque literario, la obra del escritor mexicano se caracterizó por un afán doctrinario y pedagógico. Atípico en cuanto a su línea intelectual, Pizarro buscó mostrar cómo se podían superar los males sociales mediante la asociación de los individuos en empresas colectivas, alcanzar los derechos políticos por la vía del liberalismo y acceder al conocimiento usando medios distintos de los habituales. Sus tesis estuvieron acompañadas de los ejemplos prácticos y comprensibles que ofrecieron siempre sus textos literarios. Estas páginas se ocupan de los escritos que publicó entre 1868 y 1872, con particular énfasis en sus ideas filosóficas y su expresión novelística en *La zahorí*, concebida por él mismo como su “novela filosófica”.

\* \* \*

CORRÍA el año de 1868 y en las páginas de *El Semanario Ilustrado* aparecía repetidamente el anuncio de la publicación del *Catecismo*

<sup>1</sup> *El monedero* (1861); *Catecismo político constitucional* (1a. ed. 1861; 1887); *La coqueta* (1a. ed. 1861; 1887); *Catecismo de moral* (1868); *Leyendas y fábulas para los niños* (1872). Un acercamiento a sus novelas, con énfasis en sus tesis sociales, se encuentra en Carlos Illades y Adriana Sandoval, “Nicolás Pizarro, literatura y utopía en el siglo XIX”, *Revista Iberoamericana* (Hamburgo), núm. 69 (mayo-agosto de 1998).

*mo de moral* de Nicolás Pizarro bajo el sello de la Imprenta de Jesús Fuentes y Compañía, también responsable editorial del periódico. El objetivo planteado en su nuevo libro tenía un alcance e implicaciones políticas mayores que en sus otros textos, dado que ambicionaba llenar el vacío dejado en la educación pública por la moral religiosa, desechada de los planes de estudio, y reemplazarla por una de corte republicano, a tono con los principios de la Reforma. En abono de ese objetivo su último libro definía a la moral como “la razón aplicada a las costumbres” (pp. 13-14).

De acuerdo con su fe cristiana, Pizarro veía a Dios como el origen de todo lo existente, consideraba la mejor religión aquella con mayor contenido moral y que contribuye mayormente al desarrollo de la civilización. Dichas consideraciones no cancelaban la pertinencia del Estado laico. Las bases fundamentales del orden social eran, según su *Catecismo*, la independencia nacional, la justicia para todos, la distribución equitativa de los bienes, la moralidad familiar y la igualdad de derechos; además de un conjunto de libertades entre las que destacaban las de pensar e investigar, poseer y adquirir, trabajar y disfrutar. Hasta aquí sus principios se inscribían plenamente en el ideario liberal. En cambio, el énfasis en la equidad, la armonía, la caridad, la solidaridad y el trabajo lo acercaban al socialismo saintsimoniano: “El trabajo es el goce más puro, el origen de muchos bienes, el asiento de las virtudes sociales, de la grandeza de las naciones y de la independencia del hombre”. Ya enfilado en esta ruta profundizó: “Ser *rico* es tener más de lo necesario; ser *pobre* es tener menos de lo necesario; el que no tuviese más ni menos acaso merecería ser llamado hombre feliz” (pp. 172-173). “Son incompatibles las grandes riquezas con el buen corazón”, diría poco después en *La zahorí* (cap. vi).

El ocio deliberado de algunos, que no por dejar de trabajar dejaban de consumir, era condenable y, a la vez, obligaba al sobreesfuerzo de las “clases laboriosas”. La falta de trabajo y los ingresos escasos constituían un problema de naturaleza distinta que, para su solución, requería de la solidaridad social, la caridad individual y el auxilio público.<sup>2</sup>

A Gabino Barrera le correspondió dictaminar sobre la pertinencia de que el libro de Pizarro se usara en las escuelas públicas. Su veredicto fue contundente: descalificó en bloque a todo el *Ca-*

<sup>2</sup>Nicolás Pizarro, *Catecismo de moral*, México, Imprenta de Jesús Fuentes y Compañía, 1868, p. 173.

*tecismo de moral*, aunque, sin duda, lo que más le irritó fueron sus principios filosóficos, la crítica frontal a la Iglesia católica y sus tesis sociales.<sup>3</sup>

Barreda, que era de la generación anterior a la de Pizarro, nació en Puebla en 1820, inició estudios profesionales de derecho, los que después trocó por la carrera de medicina, la cual comenzó en México en 1843 y continuó en Francia. En 1849 tomó por primera vez el curso de filosofía de Auguste Comte, el cual repetiría durante los dos años siguientes. Participó en 1867 en la comisión que reformó la Ley Orgánica de Instrucción Pública —al lado de Pedro Contreras Elizalde, quien lo había acercado al círculo comteano en París, Antonio Martínez de Castro y José y Francisco Díaz Covarrubias.<sup>4</sup> El 16 de septiembre de ese mismo año Barreda pronunció su célebre *Oración cívica*, manifiesto filosófico del positivismo mexicano. Fundador y primer director de la Escuela Nacional Preparatoria, murió en 1881.

Barreda criticó reiteradamente a Pizarro su falta de tolerancia en materia religiosa y la ausencia de una ética fundamentada científicamente. Estas flaquezas conducían a su contrincante a errores crasos en su valoración de la esfera moral y, sin aceptarlo, a situar a su propia religión por encima de las otras: no era objetivo y a la vez se conducía como un sectario. En el fondo, decía, Pizarro era un deísta que, arropado en los dogmas de su teología, arremete contra las demás, principalmente contra la católica, con la intolerancia y la injusticia propias de esas teologías incompletas que, sin servicios positivos en el presente ni en el pasado que puedan servirles de blasones, fundan todo su orgullo en el porvenir, aunque cada día éste se manifiesta en realidad más y más esquivo a sus pretensiones.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Observaciones agudas sobre el dictamen se encuentran en Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta, 1991, pp. 247, 251, que se centra en el aspecto religioso, dando una explicación plausible del rechazo de Barreda al anticlericalismo de Pizarro, pero deja de lado las objeciones a sus ideas sociales.

<sup>4</sup> Moisés González Navarro, "Los positivistas mexicanos en Francia", *Historia Mexicana*, IX (1), 33 (julio-septiembre de 1979), pp. 119-129, p. 119; Laura Cházaro García, "El pensamiento sociológico y el positivismo a fines del siglo XIX en México", *Sociológica*, 9, 26 (septiembre-diciembre de 1994), pp. 39-76, pp. 42-43.

<sup>5</sup> Gabino Barreda, "Informe presentado a la Junta Directiva de Estudios por el ciudadano... sobre el libro que a continuación se expresa", *El Semanario Ilustrado* (México), 23-x-1868.

Esta posición sesgada también tenía consecuencias jurídicas, en la medida en que constituía una infracción a las leyes vigentes en materia de culto. Además había otro problema mayor: al despojar al clero de toda autoridad para decidir lo que estaba bien y lo que estaba mal, desterraba a las instituciones del ámbito valorativo, dejando el terreno de la moral en manos de los individuos comunes y corrientes, y privando a toda la sociedad “del consejo y de la dirección de aquellos en quienes reconocemos una verdadera superioridad *mental y moral*” (“Informe”). Con ello, aunque no lo dice Barreda, Pizarro lindaba con el “libre examen de las Escrituras” postulado por los protestantes. Al respecto no hay que olvidar que aquél, emulando a Comte, tenía en mente sustituir la religión revelada por otra demostrada y positiva basada en la adoración de la humanidad en tanto que Dios.<sup>6</sup>

Dentro de las esferas económica y social los equívocos de Pizarro también eran grandes, según el doctor Barreda, o ¿con qué otro nombre se podría juzgar ese rechazo a la civilización industrial y al volumen de riqueza alcanzado por la humanidad en esta etapa de desarrollo sin precedentes? Reforzó sus palabras —de manera típicamente positivista— con una analogía biológica:

Sólo cuando se haya logrado hacer comprender y aceptar que la riqueza y el trabajo son otras tantas funciones sociales, tan indispensables para la vida colectiva como la circulación y la digestión para la vida individual, se habrá conseguido ennoblecer a éste, sacándole del enervante abatimiento en que lo había hundido la teología al hacerlo emanar de una maldición divina (“Informe”).

¿Acaso Pizarro quería, soslayando el pasado, regresar a la civilización militar y esclavista de dos mil años atrás? Acumular e invertir, y no regalar o distribuir, habían sido las claves de este éxito histórico al decir de Barreda: “Felizmente, ésa, que más que utopía parece pesadilla, no se ha de realizar jamás, y la máxima se quedará escrita sin que un solo fabricante o propietario, que no salga de San Hipólito,<sup>7</sup> intente ponerla en práctica”. Contra el utopismo, ya en 1844, se había pronunciado su maestro Comte:

<sup>6</sup> González Navarro, “Los positivistas mexicanos en Francia”; Hale, *La transformación del liberalismo en México*.

<sup>7</sup> Hospital de la ciudad de México en donde se recluía a los dementes.

Las utopías subversivas que vemos hoy adquirir crédito, sea contra la propiedad, o incluso acerca de la familia, etc., no son casi nunca forjadas ni acogidas por las inteligencias plenamente emancipadas, a pesar de sus fundamentales lagunas, sino más bien por aquellas que persiguen activamente una especie de restauración teológica, fundada sobre un vago y estéril deísmo o sobre un protestantismo equivalente.<sup>8</sup>

En este punto Barreda no argumenta únicamente contra toda teología, a la que atribuye un desvarío analítico, sino contra la metafísica, por no comprender la dinámica del progreso, prisionera de “su palabrería”, de sus “entidades” abstractas y de universales concebidos apriorísticamente. Sin embargo, las mentes lúcidas no tenían por qué paralizarse ante la pobreza conceptual de la metafísica, ya que esta tendencia de la sociedad moderna podría ser captada y asumida correctamente utilizando los recursos interpretativos y experimentales de “la ciencia positiva, la ciencia de los hechos y de las realidades” (“Informe”).<sup>9</sup>

Después de todas estas consideraciones realizadas a la luz de la nueva ciencia, bajo la implacable lupa de su padrino autóctono, el *Catecismo de moral* debía ser rechazado como libro de texto oficial por tres consideraciones básicas: 1) contra la pretensión de su autor, la exposición que hacía no era independiente de todo dogma religioso y, por tanto, era incapaz de dar fundamento a una moral republicana; 2) al tomar partido por un dogma particular abandonaba su pretendida neutralidad y, de asumirse su libro como oficial, el propio Estado contravendría las leyes federales; 3) sus limitaciones doctrinarias lo situaban por debajo de las exigencias de la ciencia y de la sociedad contemporáneas (“Informe”).

<sup>8</sup> Auguste Comte, *Discurso sobre el espíritu positivo*, versión y prólogo de Julián Marías, Madrid, Alianza, 1980 (*El libro de bolsillo*, 803), p. 85. Aquí, el planteamiento comteano, y por extensión el de Barreda, es idéntico al que la Iglesia católica usaba para descalificar a los espiritistas por profesar “un deísmo vago, un protestantismo racionalista, sin savia, sin calor de vida, en el que abundan las afirmaciones y las negaciones heréticas”, véase Régis Ladous, *El espiritismo*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1992, p. 52.

<sup>9</sup> Barreda retoma las consideraciones comteanas sobre los estadios teológico, metafísico y positivo o real. En el primero, el espíritu humano “busca ávidamente, y de un modo casi exclusivo, el origen de todas las cosas, las causas esenciales, sean primeras, sean finales, de los diversos fenómenos que le extrañan”. Dentro de la metafísica se apela a “entidades o abstracciones personificadas” para explicarlos. En el estado positivo, en cambio, “la revolución fundamental que caracteriza la virilidad de nuestra inteligencia consiste esencialmente en sustituir en todo, a la inaccesible determinación de las causas propiamente dichas, la mera investigación de las leyes, es decir, las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados”, Comte, *Discurso sobre el espíritu positivo*, pp. 18, 24, 28. Las cursivas son del original.

Pizarro respondió vehementemente aunque con cierto método: empezó exponiendo los argumentos generales de su antagonista, para después detenerse en los aspectos específicos, refutar sus aseveraciones más agresivas y puntualizar y corregir los errores que, a su parecer, contenía la interpretación de aquél. Inició su defensa identificando la filosofía barredana: el materialismo. Esta cruda doctrina no reconocía en los preceptos divinos la guía de la conducta humana, de los cuales Pizarro no era más que un modesto vocero, sino que identificaba a “las hábiles maquinaciones del interés individual” como su fuente generadora: ¿sería posible, con Barreda, pensar que la regulación de las acciones más trascendentes de la vida terrenal —función propia de la moral, la razón y la justicia— se regían meramente por motivaciones humanas? Si los valores cristianos inspiraban lo mejor de la conducta de los hombres ¿era correcto llamarlos despectivamente utopías y, peor aún, “pesadillas”? La respuesta fue drástica: “Con estas pesadillas se ha regenerado el mundo, de ellas ha nacido el respeto por el derecho, a su sola enunciación se ha roto el centro de los intereses dominantes e injustos, y ha brotado la inspiración de las libertades modernas”.<sup>10</sup>

Pizarro identificó como el núcleo del discurrir barredano su aversión a la metafísica, “vuestra verdadera pesadilla”; se asumió espiritualista y, por tanto, juzgó absurdo probar científicamente la existencia del alma humana.<sup>11</sup> Después, hizo un deslinde de lo que para él era Dios y lo que era la Iglesia católica, descubriendo los subterfugios empleados por ésta para alcanzar el poder terrenal. Uno de ellos era la imagen del diablo: “Hemos, pues, *experimentado* señor doctor, que la resurrección del diablo revive inmediatamente el inmenso poder *material* del clero” ya que, “en pos de Satanás, vienen los conjuros, el agua bendita y hasta monseñor

<sup>10</sup> Nicolás Pizarro, “Observaciones respecto del informe presentado a la Junta Directiva de Instrucción Pública sobre el *Catecismo de Moral*, por el doctor don Gabino Barreda”, *El Semanario Ilustrado*, México, 23-x-1868. Orgulloso, Manuel Payno se jactaba en 1843 de no pertenecer a ninguno de estos bandos: “Por un enigma incomprensible, esta sociedad actual positi vista e incrédula, quiere hallar la perfección en su mismo seno, y el mundo está atestado de utopistas que viven eternamente disgustados de todo lo que existe”, Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frio* (1a. ed. 1889-1891), prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa (*Sepan cuantos...*, 3), 1982, pp. 142-143

<sup>11</sup> En el siglo xix otra vertiente en que se desarrolló la metafísica fue el ocultismo, que se asumió como el puente entre la materia y el espíritu. Para un resumen del pensamiento esotérico decimonónico véase José Ricardo Chaves, “Magia y ocultismo en el siglo xix”, *Acta Poética*, 17 (primavera de 1996), pp. 291-326.



Clemente, vendiendo campanitas consagradas para alejar las tempestades”. A continuación se sacudió la imputación de deísmo, reiterando la obligación de los cristianos de ser congruentes con su doctrina, independientemente de cuál fuera su comunión particular (“Observaciones”).

Esto lo condujo directamente a dos de los puntos más escabrosos de la impugnación de su crítico: la caridad y la justicia social. Enfocó ambos con la lente moral: el deber cristiano de ayudar a los necesitados, si es que éstos no realizan actividades nocivas para la comunidad, y la obligación del Estado de regular las tasas de interés, pues “es de lo más ruinoso la usura libre”. Dejar a los pobres en manos de la “voracidad del capitalista” no sólo era inmoral sino antieconómico, dado que gangrenaría a la sociedad al marginar del bienestar a una porción muy amplia de ella. Cierra el argumento contraatacando: “Me olvidaba de que el autor de la diatriba es defensor constante de las clases felices y [que] abandona a los desheredados al conjunto de las fatalidades humanas” (“Observaciones”).

\* \* \*

EXPUESTAS sus tesis antipositivistas, en sus siguientes textos Pizarro ahondó en la metafísica y derivó en el espiritismo. Este periplo no fue atípico dentro de la izquierda decimonónica —en México tenemos el caso del coronel Alberto Santa Fe, autor del célebre documento agrario conocido como “La Ley del Pueblo”— que utilizaba al espiritismo para combatir los dogmas y prácticas del catolicismo: el anticlericalismo era su componente subversivo.<sup>12</sup>

Pizarro utilizó elementos de la filosofía de la naturaleza y del espiritualismo como marco interpretativo. Ésta se nutrió del panteísmo espinozista, del mesmerismo y de los hallazgos científicos de la época. De acuerdo con ella había una correspondencia entre el universo y el hombre: Dios habitaba en ambos, pues, como escribe Antoine Faivre:

Para los *Naturphilosophen* ningún abismo separa [...] a Dios del hombre microcosmos, ningún dogma puede impedirnos el acceso a las fuentes ocultas de la naturaleza. Un hálito recorre el universo, el espíritu habita en la materia. Descender a nuestro interior nos permite encontrar de nuevo

<sup>12</sup> Ladous, *El espiritismo*, p. 58.

nuestros lazos originales con el cosmos, ya que encontramos dentro de nosotros el universo entero.<sup>13</sup>

Estos tópicos de la filosofía de la naturaleza, ya en ciernes en sus otros textos, los desarrolló Pizarro un poco más en *La zahorí*, una “novela filosófica” por entregas de la que sólo se publicaron el prólogo y la primera parte: “¡Oh! los médicos quieren reducir la naturaleza a los libros, y olvidan, por querer ser sabios, que el espíritu que la vivifica es Dios mismo”. Vale recordar que “zahorí” proviene del árabe “zuhari”, y significa servidor del planeta Venus o persona a quien el vulgo atribuye la facultad de conocer lo que está oculto aún debajo de la tierra.<sup>14</sup>

Si podemos considerar *Avatar* (1856), de Théophile Gautier, como un antecedente literario de la novela inconclusa que nos ocupa, ésta es menos ambiciosa y más tímida. Mientras en la delicada novela del francés se llega incluso a una transmutación de almas, cruzándolas entre dos hombres, en la del mexicano apenas nos encontramos con una joven capaz de una percepción extraordinaria en un estado de sonambulismo.

Otro antecedente francés literario puede haber sido *Séraphita* (1834), de Honoré de Balzac, en la medida en que la protagonista es una virgen “sabia, profética y omnisciente”, un ser andrógino que “posee los secretos de los magos caldeos y de los maestros del esoterismo tradicional”.<sup>15</sup> Los temas esotéricos y espiritistas estaban en boga entre los escritores franceses románticos, a los que Pizarro pudo haber tenido acceso.<sup>16</sup> Alexandre Dumas fue sin duda otro autor francés muy leído y conocido en México. El célebre autor de *Los tres mosqueteros* quedó muy impresionado con el Barón du Potet, alumno del abate Faria, quien, a su vez, fue disci-

<sup>13</sup> Antoine Faivre, “La filosofía de la naturaleza en el romanticismo alemán”, en *La filosofía en el siglo XIX*, México, Siglo XXI, 1979 (*Historia de la filosofía*, 8), p. 35. Sobre el mesmerismo véase el trabajo clásico de Robert Darnton, *Mesmerism and the end of the Enlightenment in France*, Cambridge, MASS y Londres, Harvard University Press, 1968, y sobre esoterismo en el siglo XIX puede consultarse el resumen de José Ricardo Chaves, “Magia y ocultismo en el siglo XIX”, *Acta Poética*, 17 (primavera de 1996), 291-326.

<sup>14</sup> Nicolás Pizarro, “La zahorí”, *El Semanario Ilustrado*, México, 7-VIII y 20-XI-1868 (cap. IV).

<sup>15</sup> Marcel Schneider, *La littérature fantastique en France*, Paris, Fayard, 1964, p. 131; traducción de Adriana Sandoval.

<sup>16</sup> Otro escritor francés muy leído en México, también practicante y creyente en el espiritismo —en particular a partir de su establecimiento en Guernsey, en 1855— fue Victor Hugo.

pulo del mismísimo Anton Mesmer. Du Potet publicó un *Journal du Magnétisme* en 1845, llevó a cabo diversas presentaciones, organizó congresos. Después de algunas visitas a un médium llamado Alexis, Dumás terminó su novela *Joseph Balsamo*, publicada entre 1846 y 1848.<sup>17</sup>

Además, también en Francia, ya para cuando Pizarro escribe su última novela conocida, el lyonés Hyppolyte Léon Denizard Rivail, mejor conocido como Allan Kardec, había publicado ya su primera obra, *El libro de los espíritus* (1a. ed. 1856; 2a. ed. revisada, 1857), que alcanzó cerca de veinte ediciones en muy poco tiempo.<sup>18</sup>

La historia que presenta en *La zahorí* da inicio en 1862, aunque el prólogo remite a unos antecedentes ocurridos cinco años antes. En las primeras páginas, aparecidas en *El Semanario Ilustrado*,<sup>19</sup> apenas se empezaban a plantear los conflictos sentimentales y filosóficos y a bosquejar los personajes. Tal vez por ser ya la tercera incursión del autor en la novelística, podría decirse que sus habilidades narrativas y anecdóticas se encontraban en uno de sus mejores momentos. Aquí, rescata el espiritismo<sup>20</sup> como una forma de aproximación a la realidad, e incluso como un recurso válido de producción de conocimiento, a la vez que rechaza una vez más la evidencia burda en que se apoya el saber positivo.

Según Pizarro, la vida en las ciudades presentaba peligros y daños a los individuos. No es casual que Isaura, la protagonista de la nueva novela, haya mostrado sus facultades mientras la familia vivía en una cueva, alejada de cualquier tipo de contaminación urbana. Si bien la familia se vio obligada a vivir aislada y oculta por la persecución legal de la que es objeto el padre, es en ese ambiente de aislamiento, en plena comunión con la naturaleza, donde la niña muestra sus poderes. Isaura experimenta trances que le permiten ver el futuro, mirar simultáneamente hechos ocurridos en otros lugares y penetrar en el alma de las personas.<sup>21</sup>

<sup>17</sup> Ladous, *El espiritismo*, p. 28.

<sup>18</sup> Arthur Conan Doyle, *El espiritismo*, traducción de E. Díaz Retg, Madrid, Biblioteca del Más Allá, 1927 (*Lista 66*), p. 366. A este libro habrían de seguirle, entre otros, *El libro de los mediums* (1861), *El evangelio explicado por los espíritus* (1864), *Cielo e infierno* (1865), *¿Qué es el espiritismo?* (1867).

<sup>19</sup> Se publicaron once entregas entre el 7 de agosto y el 20 de noviembre de 1868.

<sup>20</sup> Importa señalar que en el siglo XIX dentro del espiritismo se agrupaba, además de la comunicación con los espíritus desencarnados o encarnados, a fenómenos tales como la telepatía, el sonambulismo, la hipnosis y la telequinesis.

<sup>21</sup> Escribe Damton que en "visperas de la Revolución [Francesa, los mesmeristas]

El nacimiento de la niña coincidió con un hecho fatal: ese día su padre mató a un hombre que, por añadidura, era un “representante de la autoridad”. Hay una relación entre los dos acontecimientos: el acto criminal se verificó en un momento de inconciencia y adormecimiento (el padre estaba ebrio); la muchacha, en cambio, ve, conoce y se da cuenta de las cosas cuando está dormida: la verdadera conciencia, la que descubre las esencias ocultas bajo las formas, aparece en el sueño (“Prólogo”).

Cuando el hombre se encuentra en estado de vigilia, el cuerpo, con sus “pasiones y actividades”, obstaculiza las funciones cognitivas del alma. Durante el sueño, es decir, cuando el cuerpo descansa, el alma desarrolla todas sus potencialidades comprensivas. Quienes no aceptan esta evidencia reaccionan atribuyendo el comportamiento del vidente a un “hechizo”, desde la perspectiva del saber popular, o a un acto fingido, desde el enfoque científico.

En el primer caso está la explicación del padre de la niña, para quien a Isaura le “han hecho ojo”, o la madre que piensa que está “hechizada” (cap. III); en el otro están los médicos que “no han de creer nada hasta que lo vean” o que, al presenciar sus facultades, las califican de “puras patrañas” (“Prólogo” y cap. III). El narrador, por su parte, ofrece otra sugerencia de más alta jerarquía para las dotes de Isaura: “La niña volvió a decir sus admirables frases cortadas, con una suavidad y encanto, que quisiéramos llamar celestiales” (cap. II).

Estamos aquí ante dos posiciones encontradas con respecto al espiritismo: partiendo de la inmortalidad del alma, sus adeptos creían comunicarse con espíritus —ya fuera desencarnados o no. Sus detractores, en cambio, se dividían a su vez en dos grupos: los provenientes de las Iglesias constituidas (cristianas, ya fuera católica o de otra denominación), que aceptaban la inmortalidad del alma, la existencia de espíritus, pero que reprobaban el contacto directo con éstos, sin intermediación de los sacerdotes (los médium oficialmente reconocidos), por temor a establecer comunicación con el demonio mismo. El segundo grupo se componía en su mayor parte de científicos materialistas que, o bien descartaban tajantemente, *a priori*, la existencia de los fenómenos que se lle-

se comunicaban con los fantasmas, con los planetas remotos y unos con otros a través de grandes distancias [...] que percibían su propio interior mientras se encontraban en trances de sonambulismo y predecían los medios y la fecha en que sanarían” (pp. 44-45, 58; traducción de Adriana Sandoval).

vaban a cabo en las sesiones, o bien de aquellos que, movidos por la curiosidad, sí llevaron a cabo experimentos durante las sesiones, a fin de conocer sus causas.<sup>22</sup>

En esta novela inconclusa, el médico amigo de Julio Eguiluz, con quien probablemente Isaura habría tenido una relación sentimental, es el encargado, como frío enviado de la ciencia, de ofrecer una explicación “racional” a la “enfermedad” de la joven. Ante fuertes emociones, Isaura padece desmayos que la sumen en un profundo sueño —una especie de narcolepsia—, durante el cual conversa como si estuviera despierta.<sup>23</sup> Aunque desconfiado y escéptico, Eguiluz no concuerda totalmente con la impresión de su científico amigo: “Los médicos”, piensa, “quieren reducir la naturaleza a los libros; y olvidan, por querer ser sabios, que el espíritu que la vivifica es Dios mismo” (cap. iv).<sup>24</sup>

Isaura despierta ignora lo que ha dicho dormida, en una especie de esquizofrenia:

Tal vez esta duplicación aparente se explique con sólo observar que en el estado ordinario de la vida del ser racional, si el cuerpo toma su estado inerte al dormir, deja de influir en el espíritu, o si influye es muy poco; mientras que hallándose el cuerpo despierto, influye en el alma con todas sus pasiones y con todas sus actividades (cap. ix).

Pizarro, en tanto que cristiano, aceptaba la eternidad del alma, pero sus devaneos espiritistas le hacían entrever ya la posibilidad de la reencarnación. Las cosas estaban destinadas a perecer, los hombres a pervivir:

Mientras la magnífica cascada desaparecerá entre todos los átomos de la inmensa creación, el proscrito renacerá en otra vida, porque tal es la excelencia del hombre sobre todos los objetos de la naturaleza. Él sólo muere verdaderamente para cambiar un modo de ser pasajero por otro indestructible (“Prólogo”).

<sup>22</sup> Entre éstos, tal vez los más famosos hayan sido el inglés Alfred Russell Wallace, cofundador, con Charles Darwin, de la teoría de la selección natural; Sir William Crookes, químico británico; el francés Charles Richet, ganador del Premio Nobel en 1913, y Camille Flammarion, astrónomo galo.

<sup>23</sup> En *Querens*, de Pedro Castera, el narrador se enamora de una mujer que es encantadora, culta e inteligente bajo el efecto de la hipnosis, pero burda e ignorante durante la vigilia.

<sup>24</sup> En el mismo tenor, en 1926, Arthur Conan Doyle escribió en su libro *El espiritismo* que “la profesión médica es al mismo tiempo la más noble y la más cínicamente incrédula del mundo” (pp. 71-72).

Ya antes, tanto en *La coqueta* (pp. 40, 101-102) como en *El monedero* (pp. 404, 557) la simpatía y la antipatía entre las personas es explicada como transmisión eléctrica: las fuerzas iguales se repelen y las opuestas se complementan; para Pizarro, la física complementa a la moral. En su última novela se reitera la importancia y fuerza de ciertas miradas. Adrián Güemez, nos advierte el narrador en el capítulo IV, tenía una “expresión magnética verdaderamente”. Más adelante, logra convencer a Isaura de sus mentiras con la fuerza de la sugestión visual: “Isaura, magnetizada con las miradas de Güemez y seducida por [sus] palabras, iba a arrojarse en sus brazos” (cap. VII).<sup>25</sup>

Desafortunadamente, Pizarro sólo publicó el Prólogo y la Primera parte de su novela, donde apenas se empezaban a esbozar las líneas anecdóticas: una posible relación amorosa entre la pobre, inocente, confiada y directa Isaura y el rico, sofisticado, desconfiado y esquivo Julio Eguiluz; el mañoso acoso por parte de Güemez (el administrador del circo) hacia Isaura; la protección un tanto salvaje del fortachón León hacia su hermana; el encarcelamiento del padre, que probablemente hiciera después alguna aparición súbita y folletinesca; un contraste entre la intuición sonambulesca de Isaura y el escepticismo del médico amigo de Eguiluz, convencido de que la joven desea explotar al rico Julio; una amorosa y protectora madre muerta, que Isaura siente siempre cerca. Es imposible adivinar qué caminos hubieran seguido estos personajes; sólo podemos lamentarnos de que Pizarro no haya concluido *La zahorí*.

Hasta donde sabemos, en 1872 Pizarro realizó su última aventura literaria al publicar las *Leyendas y fábulas para los niños*, un pequeño libro de poco más de cincuenta páginas, escrito con un afán claramente didáctico, para promover y estimular valores entre los niños, que podríamos denominar genéricamente como cristianos, donde incluye ocho fábulas (en verso), y ocho leyendas (en pro-

<sup>25</sup> En su famosa novela *Los bandidos de Río Frio* (1889-1891), Payno incluye un capítulo, el LX, cuyo título es “Magnetismo” (pp. 715-722), donde explica la benéfica influencia de la novia —adecuadamente llamada Lucecilla— del hijo de Juan Robreño sobre la perturbada condesa, en términos magnéticos y eléctricos. En *Ensalada de pollos*, las sensaciones eléctricas pueden ser placenteras pero peligrosas. Ahí, Concha comienza a experimentar las mieles de unos bellos zapatos: “Esta sensación, que partía de los pies, se comunicaba por los ramos nerviosos como por otros tantos hilos eléctricos al cerebro de Concha, y allí se producía un deslumbramiento” (p. 46); y líneas más abajo: “Aquella electricidad que comenzó por los pies, invadió toda la máquina, deslumbró a Concha y la perdió”.

sa). En estas piezas se ensalza la caridad, la igualdad, la humildad, y se censura la vanidad.<sup>26</sup>

La primera leyenda, denominada “¡¡¡Dios!!!”, ofrece una imagen de una deidad que tiene más que ver con la naturaleza, con el creador de todo lo que existe, que con un Dios al cual se llega a través de la instancia mediadora de la Iglesia y sus representantes, idea que ya había desarrollado en *La coqueta* (p. 60). Como en sus otros textos, reitera la idea de armonía e igualdad para quienes viven en una sociedad, con el fin de evitar disputas innecesarias y acercarse a la felicidad:

La tierra a todos por igual sustenta;  
 si no hermanos, podemos ser amigos,  
 y no cabe ya error en nuestra cuenta:  
 es algo comfortable esta morada,  
 evitemos hacerla desgraciada (Fábula 2\*, “Los cisnes”).

Quizá por tratarse de un texto más inclinado hacia la fantasía que sus novelas que buscaban “ser la fiel expresión de la vida” (*La zahorí*, “Prólogo”), Pizarro fue más explícito en sus convicciones espiritistas. En la leyenda de “Los dos gemelos” habla de los espíritus que encarnan en seres humanos y que después, de acuerdo con el balance de sus actos, vivirán en el futuro. El que se corporizó en el gemelo “bueno” resplandeció y viajó en dirección a las estrellas; el otro, que no se distinguió por sus acciones y méritos, ni siquiera pudo elevarse porque “la obscuridad le pesaba como si fuese una capa de plomo” (p. 15). En la fábula “El suicidio”, un mendigo dice a un sastre que intentó quitarse la vida, acto que no pudo consumir a consecuencia de una “fuerza magnética” que emanó de las profundidades de un barranco: “Los suicidas llevan en la eternidad una vida tan angustiada que apenas puede dar idea de ella el estado de un mendigo que no ve, que no habla, y que oye solamente para sufrir” (p. 60). Posiblemente todo ello fuera objeto de reflexión en sus *Enseñanzas fundamentales del espiritismo*, al parecer quemadas por indicaciones de un sacerdote cercano al pariente de Pizarro que guardaba el manuscrito.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> Utilizando el modelo clásico de las fábulas griegas, en las que hay una personificación de los animales, leemos lo siguiente en la Fábula 2\*: “Todos somos hermanos, sin sonrojo, / dice una guacamaya a una cotorra; / que tengas el plumaje verde o rojo / no puede ser asunto de camorra”.

<sup>27</sup> Julio César Reyes Mar, *Algunos elementos románticos en “La coqueta” de Nicolás Pizarro*, tesis de licenciatura, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1991.

\* \* \*

PIZARRO fue posiblemente el primer crítico del positivismo en México, dado que mostró sus objeciones poco tiempo después de que la doctrina dada a conocer en el medio intelectual nacional por Pedro Contreras Elizalde y sistematizada y divulgada por Gabino Barreda en la Escuela Nacional Preparatoria, donde, por décadas, se formaron las élites intelectuales y políticas mexicanas. Al respecto, Pizarro adelantó algunas de las ideas con las que pensadores como Plotino C. Rhodakanaty y José María Vigil rebatirían una década después las posturas positivistas dominantes.<sup>28</sup>

Dentro del campo literario, si bien Pizarro —junto con Pantaleón Tovar (*Ironías de la vida*, 1851) y Juan Díaz Covarrubias (*La clase media*, 1858)— se ocupa de aspectos sociales, que seguirán siendo tematizados una década después y hasta fin de siglo, por escritores como José Tomás de Cuéllar y Ángel de Campo, su enfoque se antoja más propositivo. Una utopía societaria, como la esbozada en *El monedero*, sintetizará sus preocupaciones en esta materia.

Aunque sus ideas espiritistas no tuvieron la fuerza literaria y estética de las de sus contemporáneos novelistas europeos, resultaron novedosas en México, donde apenas comenzaban a esbozarse. Al respecto hay que destacar que las primeras revistas mexicanas de asociaciones espiritistas que se encuentran en la Hemeroteca Nacional arrancan de principios de la década de 1870, casi un lustro después de esta novela.<sup>29</sup> De haber concluido *Lazahorí*, a Pizarro le hubiera correspondido la afirmación de Luis Mario Schneider con respecto a *Querens* (1890): “Que yo sepa, es la primera novela latinoamericana en la que el hipnotismo, la energía esotérica, dan motivo y fundamento a la creación artística”.<sup>30</sup>

Intelectual romántico que quiso dar otra forma al presente, pedagogo social por intención, todas estas “visiones” esbozadas

<sup>28</sup> Plotino C. Rhodakanaty, *Obras*, edición, prólogo y notas de Carlos Illades, recopilación de María Esther Reyes Duarte, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998 (Col. *Al siglo XIX ida y regreso*); Hale, *La transformación del liberalismo*.

<sup>29</sup> Entre las revistas registradas vale mencionar *La Luz en México* (1872-1873), *La Ilustración Espírita* (1873-1875), en el Distrito Federal y *La Ley del Amor* (1876-1880), en Mérida, Yucatán.

<sup>30</sup> Luis Mario Schneider, Prólogo a Pedro Castera, *Impresiones y recuerdos. Las minas y los mineros. Los maduros Dramas en un corazón. Querens*, edición y prólogo de Luis Mario Schneider, México, Patria, 1986, p. 25.



en su obra muestran a Nicolás Pizarro no como el consumidor de una tradición literaria o filosófica dentro del medio nacional, sino como un precursor de diversas temáticas y líneas argumentales que culminarían después.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Castera, Pedro, *Impresiones y recuerdos. Las minas y los mineros. Los maduros. Dramas en un corazón. Querens*, edición y prólogo de Luis Mario Schneider, México, Patria, 1986.
- Comte, Auguste, *Discurso sobre el espíritu positivo*, versión y prólogo de Julián Marías, Madrid, Alianza, 1980 (*El libro de bolsillo*, 803).
- Chaves, José Ricardo, "Magia y ocultismo en el siglo XIX", *Acta Poética*, 17 (primavera de 1996), pp. 291-326.
- Cházaro García, Laura, "El pensamiento sociológico y el positivismo a fines del siglo XIX en México", *Sociológica*, 9, 26 (septiembre-diciembre de 1994), pp. 39-76.
- Darnton, Robert, *Mesmerism and the end of the Enlightenment in France*, Cambridge, Mass. y Londres, Harvard University Press, 1968.
- De Campo, Ángel, *Ocios y apuntes y La Rumba*, María del Carmen Millán, ed. y pról., México, Porrúa, 1990 (*Col. de Escritores Mexicanos*, 76, 11ª ed.). *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (DRAE)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1970.
- Doyle, Arthur Conan, *El espiritismo*, traducción de E. Díaz Retg, Madrid, Biblioteca del Más Allá (*Lista 66*), 1927.
- Faivre, Antoine, "La filosofía de la naturaleza en el romanticismo alemán", *La filosofía en el siglo XX*, México, Siglo XXI, 1979 (*Historia de la filosofía*, 8).
- Gautier, Teófilo (1ª ed. 1856), *Avatar*, Valencia, Librería de Aguilar, s.f.
- González Navarro, Moisés, "Los positivistas mexicanos en Francia", *Historia Mexicana*, IX (1), 33 (julio-septiembre de 1979), pp. 119-129.
- Hale, Charles (1991), *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Vuelta.
- Illades, Carlos y Adriana Sandoval, "Nicolás Pizarro, literatura y utopía en el siglo XIX", *Revista Iberoamericana* (Hamburgo), 69 (mayo-agosto de 1998).
- Jiménez Rueda, Julio, *Letras mexicanas del siglo XIX*, México, FCE, 1944 (*Colección Tierra Firme*, 3).
- Ladous, Régis, *El espiritismo*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1992.
- Payno, Manuel, *Los bandidos de Río Frío* (1ª ed. 1889-1891), prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1982 (*Sepan cuantos...*, 3).

- , *Crónicas de viaje*, compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, prólogo de Blanca Estela Treviño, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996 (*Obras completas*, 1).
- Pizarro, Nicolás, *El monedero*, México, Imprenta de Nicolás Pizarro, 1861.
- , *Catecismo de moral*, México, Imprenta de Jesús Fuentes y Compañía, 1868.
- , *Leyendas y fábulas para los niños*, México, Imprenta de Castañeda y Rodríguez, 1872.
- , *Catecismo político constitucional* (1a. ed. 1861), México, Imprenta "Universal" de Vapor, 1887.
- , *La coqueta* (1a. ed. 1861), México, Publicaciones y Bibliotecas Cultura SEP-Premiá, 1982 (*La matraca*, 9).
- Reyes Mar, Julio César, *Algunos elementos románticos en La coqueta de Nicolás Pizarro*, tesis de licenciatura, México, Facultad de Filosofía y Letras, 1991.
- Rhodakanaty, Plotino C., *Obras*, edición, prólogo y notas de Carlos Illades, recopilación de María Esther Reyes Duarte, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998 (Col. *Al siglo XIX ida y regreso*).
- Schneider, Marcel, *La littérature fantastique en France*, Paris, Fayard, 1964.

## PERIÓDICOS

*El Semanario Ilustrado.*